

# Tú me pides querer y te he querido

[Poema - Texto completo.]

Carolina Coronado

Si clamo a ti, Señor, ¿no has de escucharme  
tú de quien es la inmensidad oído?  
¿Tú que la hirviente mar has contenido,  
no has de poder el corazón calmarme?  
¿Un átomo de luz no podrá darme  
ése que tantos soles ha encendido?  
¡Pues cómo has de dejar, Señor, mi vida  
¡ay! ciega y sin consuelo y desoída!

Yo me acerco hoy a ti; yo estoy contigo;  
sumiso el corazón tengo a tu lado,  
pasión, orgullo y penas han callado,  
no hay más que fe por ti, no hay más conmigo:  
ordéname; una voz y yo te sigo  
¿Qué me quieres decir, qué me has hablado?  
¡Por qué mi ruda y tarda inteligencia  
no basta a percibir su dulce esencia!

Yo que te adoro a ti desde la infancia,  
yo que te busco en incansable anhelo,  
yo que más que a la tierra miro al cielo,  
yo que a tu gloria aspiro en mi constancia,  
¿he de perder, Señor, por la ignorancia  
de no entender tu voz, tu gran consuelo?  
¿He de ofenderte, he de labrar mis penas  
por no escuchar bien claro qué me ordenas?

Mas tú no hablas jamás; no por acentos  
tu voluntad al universo explicas;  
tienes en tu saber notas más ricas  
para expresar tus altos pensamientos;  
hablan por ti, Señor, los sentimientos  
con que alivias el alma o mortificas,  
y yo en ese lenguaje he comprendido  
que me pides querer y te he querido.

Tú nos pides amor, amor constante  
de agradecido pecho justo pago,  
tú que una vida das por un halago,

tú de la humanidad eterno amante,  
¿y antes quieren, Señor, que el alma errante  
se fatigue de error en error vago,  
que tener por consuelo en este mundo  
cariño tan dulcísimo y fecundo?

Aquí abajo, del mundo habitadora,  
dicen, Señor, que hay una docta gente  
que no te reconoce, no te siente,  
que no te admira, que jamás te adora;  
que no te rinde gracias ni te implora  
en el placer, en el dolor vehemente;  
mas, fábula del mundo es torpe y vana,  
porque no puede haber tal raza humana.

Pues al darnos la luz, belleza tanta  
como a su inmenso rayo percibimos;  
¿ignoramos, Señor, que la debimos  
a un ser que desde el polvo nos levanta?  
Tu grande majestad suprema y santa  
nuestros ojos no ven, mas la sentimos:  
el genio puede errar, cuando te niega,  
pero no el corazón, cuando te ruega.

Existes, y las gentes lo entendemos,  
desde la misma cuna te adoramos,  
mas ¿sabes por qué luego te olvidamos?  
Por malicia, señor, porque tememos;  
no nos place tener jueces supremos  
porque mejor sin leyes nos hallamos,  
y antes que resignarnos a la pena  
negaremos al Dios que nos condena.

Pero yo que te amé desde la infancia,  
yo que te busco en incansable anhelo,  
yo que más que a la tierra miro al cielo,  
yo que a tu gloria aspiro en mi constancia;  
acudo a tu saber en mi ignorancia,  
acudo en mi aflicción a tu consuelo,  
y es tal la fe con que te ruega el alma  
que en esta misma fe logra la calma.